

cos, colocados sobre los mismos peñascos de la montaña, con los cuales parece forman conjunto. Dos leones de forma colosal, esculpidos á entrambos lados de esta puerta, son su único adorno; están representados en relieve, en pié y de frente, como los que sostenían los escudos de armas de nuestros antiguos taballeros; los leones no tienen ya cabezas. Ni aun en Egipto he visto arquitectura más imponente; y el desierto que la rodea contribuye á revestirla de mayor magestad; pertenece á ese género de obras que Estrabon y Pausanias atribuyen á los Cíclopes, y de las que se hallan algunos vestigios en Italia. M. Petit-Radel supone que esta arquitectura es anterior á la invención de los órdenes arquitectónicos. Por lo demás, los que en aquella soledad me mostraban el sepulcro de Agamenon y las ruinas de Micenas, eran un niño, enteramente desnudo, y un pastor.

Al pié de la puerta mencionada hay una fuente, que será, si así se quiere, la que Perseo halló debajo de una seta, y dió su nombre á Micenas; porque *Mycés* significa en griego una seta ó el pomo de una espada: esta conseja es de Pausanias. Al dirigirme de nuevo al camino de Corinto, oí resonar el suelo bajo los pasos de mi caballo; apeetme y descubrí la bóveda de otro sepulcro.

Pausanias cuenta en Micenas cinco sepulcros: el de Atreo, el de Agamenon, el de Eurimedon, el de Tele-damo, el de Pélope, y el de Electra; y añade que Clitemnestra y Egisto estaban enterrados estramuros; ¡habría, pues, hallado el sepulcro de Clitemnestra y Egisto! Lo he indicado á M. Fauvel, quien debe buscarlo en su primer viaje á Argos; ¡pestraño destino, el que me hace salir espresamente de París para hallar las cenizas de Clitemnestra!

Dejamos á Nemea á nuestra izquierda, y continuando nuestro camino llegamos temprano á Corinto, cruzando una especie de llanura, atravesada por unos riachuelos y dividida por algunos montecillos aislados, parecidos al Acro-Corinto, con el que se confunden. Descubrimos este mucho antes de llegar á él, á manera de una masa informe de granito rojizo, coronado por una línea de muros sinuosos. Todos los viajeros han descrito á Corinto. Espon y Wheler visitaron su ciudadela, en la que hallaron la fuente Piréne; pero Chandler no subió al Acro-Corinto, y M. Fauvel nos dice que los turcos no permiten ya á nadie la entrada en él. En efecto, yo no pude conseguir ni siquiera el permiso de pasearme por sus inmediaciones, á pesar de las vivas diligencias de mi genízaro. Por lo demás, Pausanias, en su *Corintia*, y Plutarco, en la *Vida de Arato*, nos han dado á conocer detalladamente los monumentos y las localidades del Acro-Corinto.

Habíamos bajado á un kan bastante aseado, colocado en el centro de la población, y no distante de un bazar. El genízaro partió en busca de bastimentos, José preparó la comida, y mientras entrambos se ocupaban de esta manera, fuí á recorrer solo las cercanías.

Corinto está situada al pié de las montañas, en una llanura que se extiende hasta el mar de Crisa, hoy golfo de Lepanto, único nombre moderno que rivaliza en hermosura en Grecia con los nombres antiguos. Cuando el tiempo está despejado, se descubren mas allá de este mar las cimas del Helicon y del Parnaso; pero no se ve, ni aun desde la misma ciudad, el mar Saronico; para esto es preciso subir al Acro-Corinto, desde donde no solo se descubre este mar, sino que la vista llega hasta la ciudadela de Atenas y hasta el cabo Colona. «Esta es, dice Espon, una de las mas hermosas vistas del universo.» Lo creo sin dificultad, porque aun al pié del Acro-Corinto la perspectiva es encantadora. Las casas, bastante espaciosas y bien acondicionadas, están diseminadas por grupos en la llanura, entre las moreras, los naranjos y los cipreses; las viñas, que constituyen la riqueza del país, dan á la campiña cierto aspecto de

frescura y de fertilidad; estas viñas no están levantadas á manera de guirnaldas sobre los árboles, como en Italia, ni bajas, como en las inmediaciones de París. Cada cepa forma un haz de verdor aislado, en cuyo derredor penden los racimos en otoño cual graciosos colgantes de cristales. Las erguidas crestas del Parnaso y del Helicon, el golfo de Lepanto, semejante á un magnífico canal, y el monte Oneyo, cubierto de mirtos, forman al Norte y al Oriente el horizonte de panorama tan soberbio; mientras el Acro-Corinto, las montañas de la Argólida y la Sicomia se elevan el Mediodía y á Occidente. En cuanto á los monumentos de Corinto, ninguno subsiste ya. M. Foucherot solo descubrió entre sus ruinas, dos capiteles corintios único recuerdo del orden de arquitectura inventado en esta ciudad.

Corinto, completamente destruida por Mummio, reconstruida por Julio César y Adriano, destruida segunda vez por Alarico, y de nuevo reedificada por los venecianos, fue saqueada por tercera y última vez por Mahomet II. Estrabon la vió poco despues de su restablecimiento bajo el poder de Augusto. Pausanias la admiró en tiempo de Adriano; y segun los monumentos que nos ha descrito, era en aquella época una ciudad magnífica. Curioso hubiera sido saber lo que podia ser en 1173 cuando pasó por ella el judío español, Benjamín de Tudela, quien refiere que llegó á Patrás, «ciudad de Antipater, dice, uno de los cuatro reyes griegos que se repartieron el imperio de Alejandro.» Desde allí se trasladó á Lepanto y á Corinto, donde halló trescientos judíos gobernados por los venerables rabinos, Leon, Jacob y Ezequías; esto era todo lo que Benjamín buscaba.

Algunos viajeros modernos nos han dado á conocer mejor lo que aun subsiste de Corinto, despues de tantas calamidades: Espon y Wheler descubrieron en ella los restos de un templo de la mas remota antigüedad, que se componian de once columnas estriadas, sin base, y de orden dórico. Espon asegura que estas columnas no tenían cuatro diámetros mas de altura que el de la base de la columna; lo que significa al parecer que tenían cinco diámetros. Chandler dice que tenían lamitad de la altura que hubieran debido tener para hallarse en la justa proporción de su orden. Es evidente que Espon se equivoca, pues toma por medida del orden el diámetro del pié de la columna y no el de la tercera parte. Este monumento, dibujado por Leroi, merecia ser citado, porque prueba, ó que el primer dórico no tenía las proporciones que posteriormente le señalaron Plinio y Vitruvio, ó que el orden toscano, á que al parecer se aproxima este templo, no nació en Italia. Espon ha creído reconocer en este monumento el templo de Diana de Efeso, citado por Pausanias; y Chandler, el Sisifeo de Estrabon. No puedo decir si estas columnas subsisten aun, pues no las he visto; pero creo saber de un modo vago que han sido derribadas, y que los ingleses se han llevado sus últimos restos. (1)

Un pueblo marítimo, un rey que de filósofo se trocó en tirano, y un bárbaro de Roma que creía que las estatuas de Praxíteles se reemplazan como las corazas de los soldados: todos estos recuerdos no hacen muy interesante á Corinto; pero se puede recurrir á Jason, á Medea, á la fuente Piréne, al Pegaso, á los juegos Istmicos, instituidos por Teseo y cantados por Píndaro; es decir, que se puede recurrir como de costumbre, á la Fábula y á la poesía. No hablo de Dionisio y de Timoleon, pues aquel fue bastante cobarde para no morir, y este bastante desgraciado para vivir. Si yo subiese á un trono algun dia, no bajaria de él sino muerto, pues nunca tendria la virtud suficiente para matar á un hermano: doy, pues, al olvido estos dos

(1) Estas columnas estaban ó están todavía hácia la puerta de Esqueno, y no he bajado al mar.

hombres, y prefiero aquel niño que en el sitio de Corinto hizo verter lágrimas al mismo Mummio, al recitar los versos de Homero, que traducidos dicen:

«¡Oh tres y cuatro veces felices los griegos que perecieron delante de los anchos muros de Ilión, defendiendo la causa de los Atridas! ¡Plugiéise á los dioses que hubiese cumplido mi destino el dia en que los troyanos arrojaron sobre mí sus dardos, mientras defendía el cadáver de Aquiles! Entonces hubiera obtenido los honores fúnebres de la hoguera, y los griegos hubieran hablado de mi nombre. ¡Hoy, mi estrella es terminar mis dias con una muerte oscura y lastimosa!»

He aquí lo verdadero, lo natural, lo patético; y aquí se halla un gran golpe de la fortuna, el poder del genio y el corazón del hombre.

Todavía se hacen vasos en Corinto; pero no son ya los que Ciceron pedía con tanto ahinco á su querido Ático.

Parece, por lo demás, que los corintios han perdido el afecto que profesaban á los extranjeros, pues mientras examinaba un mármol en una viña, fui asaltado por una granizada de piedras; por lo visto, los descendientes de Láis quieren mantener el honor del proverbio.

Cuando los Césares reconstruían los muros de Corinto, y los templos de los dioses salían de sus ruinas mas brillantes que en tiempo alguno, había un oscuro operario que levantaba en silencio un monumento que ha subsistido en pié en medio de las ruinas de la Grecia. Este obrero era un extranjero que decia de sí mismo: «He sido apaleado tres veces, apedreado una, y he naufragado tres. He hecho diferentes viajes, y encontrado diferentes peligros en los rios; peligros por parte de los ladrones, por la de mis compatriotas y por la de los gentiles; peligros en medio de las ciudades, en medio de los desiertos y entre los hermanos falsos; he sufrido toda clase de trabajos y de fatigas, frecuentes vigias, el hambre y la sed, y muchas penalidades, el frio y la desnudez.» Este hombre, ignorado de los poderosos, despreciado por la muchedumbre y desechado como «la escoria del mundo,» no se asoció primero sino dos compañeros, Crispo y Cayo, con la familia de Estéfanos: tales fueron los desconocidos arquitectos de un templo indestructible, y los primeros fieles de Corinto. El viajero recorre con la vista el lugar de aquella célebre ciudad, y no descubre ni un solo vestigio de los altares del paganismo; pero ve algunas capillas cristianas que desuellan en medio de las cabañas de los griegos.

El Apóstol puede dirigir aun desde el cielo, el saludo de paz á sus hijos, y decirles: «Pablo, á la Iglesia de Dios, que está en Corinto.»

Cerca de las ocho de la mañana del 21, salimos de Corinto, despues de una noche bastante buena. Dos caminos conducen de Corinto á Megara: uno atraviesa el monte Geranio, llamado hoy Palcoo-Vouni (la Montaña-vieja); el otro costea el mar Saronico, á lo largo de las rocas Escironias; este camino es el mas ameno; y era el único que los antiguos viajeros conocían, pues no hablan del primero; pero los turcos no permiten ya seguirlo, y han establecido un puesto militar al pié del monte Oneyo, casi en medio del istmo, para hallarse al alcance de entrambos mares; la jurisdicción de la Morea termina allí, y no se puede pasar aquella gran guardia, sin exhibir una orden-espresa del pachá.

Obligado, pues, á tomar el camino que quedaba libre, érame preciso renunciar á las ruinas del templo de Neptuno-Istmico, que Chandler no pudo encontrar, que vieron Pococke, Espon y Wheler, y que todavía subsisten, segun el testimonio de Mr. Fauvel. Por la misma razon no examiné las señales de las tentativas practicadas en diferentes épocas para cortar el istmo; el canal que se habia empezado á construir por la par-

te del puerto Esqueno, tiene, segun dice Mr. Foucherot, de treinta á cuarenta piés de profundidad y sesenta de anchura. Hoy se conseguiría fácilmente este proyecto por medio de la pólvora, pues solo median cinco millas de un mar á otro, midiendo la parte mas estrecha de la lengua de tierra que separa ambos mares.

Una muralla de seis millas de longitud, muchas veces reconstruida y derribada, cerraba el istmo en un lugar que recibió el nombre de *Hexamilia*: en este lugar empezamos á trepar el monte Oneyo; con frecuencia detenía mi caballo para mirar el camino recorrido, y contemplaba con secreta melancolía los dos mares, sobre todo el que se extendía al Occidente, y que parecia tentarme con los recuerdos de la Francia. ¡Aquel mar se mostraba tan tranquilo! ¡el camino era tan corto! ¡en pocos dias hubiera podido tomar á ver mis amigos! Dirigia embelesado mis inquietas miradas al Peloponeso, á Corinto y al istmo, lugar donde se celebraban los juegos; ¡qué desierto! ¡qué silencio! ¡Infortunado país! ¡desgraciados griegos! ¡La Francia perderá así su gloria? ¿se verá devastada y hollada así en la sucesión de los siglos?

Esta imagen de mi patria, que vino de repente á mezclarse con los gigantescos espectáculos que se ofrecían á mi vista, me enterneció; pensaba ya con amargura en el espacio que me era preciso recorrer antes de ver de nuevo mis Penates. Estaba, como el amigo de la Fábula, alarmado por un sueño; y hubiera regresado gustoso á mi país para decirle:

*Te me has aparecido en mi sueño un poco triste; he temido que fuese verdad, y he acudido presuroso; este maldito sueño tiene la culpa.*

Penetramos en los desfiladeros del monte Oneyo, perdiendo de vista y volviendo á ver alternativamente el mar Saronico ya Corinto. Desde la mas alta cumbre de este monte, llamado *Macriplaysi*, bajamos al Derveno, donde habia una numerosa guardia. No sé si debe colocarse allí á Crommyon; pero en verdad no hallé hombres mas humanos que Pitocamptés (1). Exhibi el pase del pachá, y el comandante del puesto me invitó á fumar la pipa y beber el café en su barraca. Era un hombre obeso, de semblante tranquilo y apático, que no podia hacer movimiento alguno en su estera sin suspirar, como si espermentase algun dolor. Examiné mis armas, me hizo observar las suyas, sobre todo una larga carabina, que segun decia, era de mucho alcance. Los guardias descubrieron á un paisano que subía la montaña fuera de camino; intimaronle que bajase, mas él no oyó la voz. Entonces el comandante se levantó con trabajo, tomó su carabina, apuntó largo rato entre los abetos al paisano, y le hizo fuego; despues de esto, volvió á sentarse tan tranquilo como antes. El paisano bajó á la guardia, herido al parecer, pues lloraba y mostraba su sangre; aquellos bárbaros le dieron cincuenta palos para curarle.

Levanteme bruscamente, y tanto mas consternado cuanto que tal vez el deseo de hacer brillar á mi vista su hábil puntería, habia determinado á aquel verdugo á disparar contra el paisano. José no quiso traducir lo que yo decia, y acaso era necesaria la prudencia en aquel momento; pero no escuché la prudencia.

Hiceme traer mi caballo, y partí sin esperar al genízaro, que me seguia prorumpiendo en inútiles voces. Reunióse á mí con José, cuando me hallaba ya bastante internado en las crestas del monte Geraniense. Mi justa indignacion se apaciguó poco á poco, por efecto de los lugares que recorría. Me parecia que al acercarme á Atenas, entraba en los países civilizados, y que la naturaleza misma adquiría un aspecto menos triste. La Morea está casi enteramente desprovista de árboles; aunque es, sin duda alguna, mas fértil que el Ática. Érame grato atravesar un bosque de pinos, entre cuyos troncos descubría el mar. Los planos inclinados

(1) Cortador de pinos, bandido muerto por Teseo.



que se extienden desde la orilla hasta el pié de la montaña, estaban cubiertos de olivos y de algarrobos; esta clase de parajes es poco común en Grecia.

El objeto que llamó la atención al llegar, fue una turba de mujeres albanesas, que á la verdad no eran tan hermosas como Nausicaa y sus compañeras; lavaban alegremente unas telas en una fuente, en cuyas inmediaciones se veían algunos restos informes de un acueducto. Si aquella era la fuente de las ninfas Sítidas, y aquel el acueducto de Teagenes, debo decir que Pausanias los ha ensalzado mucho.

Los acueductos que he visto en Grecia no se parecen á los romanos, pues casi no se elevan del nivel del suelo, ni presentan esa serie de grandes arcos que producen en la perspectiva tan hermoso efecto.

Bajamos á la casa de un albanés, donde hallamos un aposento bastante aseado. No eran aun las seis de la tarde, y cediendo á mi costumbre, fui á vagar entre las ruinas. Megara, que conserva su nombre, y el puerto de Nisea, llama lo *Dodeca Ecclesiis* (las Doce Iglesias), sin ser muy célebres en la historia, tenían en otro tiempo hermosos monumentos. La Grecia, en tiempo de los emperadores romanos, debía parecerse mucho á la Italia del último siglo: era una tierra clásica en la que cada ciudad estaba llena de obras maestras. En Megara se ven los doce grandes dioses de mano de Praxiteles; un Júpiter Olímpico empezado por Teóscemo y por Fidias, y los sepulcros de Alcmena, de Ifigenia y de Tereo. La abubilla se presentó por primera vez en este sepulcro; de lo que se dedujo que Tereo había sido trocado en esta ave, como sus víctimas lo habían sido en golondrina y ruiseñor. Puesto que yo hacia un viaje de poeta, debía aprovecharme de todo, y creer firmemente con Pausanias, que la aventura de la hija de Pandion empezó y concluyó en Megara. Por otra parte, descubria desde esta ciudad las dos cimas del Parnaso; y esto bastaba para traer á mi memoria los versos de Virgilio y la Fontaine:

Qualis populea marens Philomela, etc.

En otro tiempo, Progne la golondrina, etc.

La Noche ó la Oscuridad, y Júpiter-Coniotenian sus templos en Megara; puede decirse que estas dos divinidades han quedado allí. Véanse aquí y acullá algunos lienzos de muralla: ignoro si son las que construyeron Apolo y Alcatoo. El dios, al trabajar en esta obra, colocó su lira en una piedra que desde entonces desprendía un sonido armonioso cuando era percutida con un guijarro. El abate Fourmont recogió en Megara treinta inscripciones. Pococke, Espon, Wheler y Chandler hallaron algunas otras de ningún interés. No busqué la escuela de Euclides, pues hubiera preferido á ella la casa de la piadosa mujer que enterró los huesos de Focion debajo de su hogar. Después de una escursión bastante larga, volví á casa de mi huésped, donde me esperaban para ir á visitar un enfermo.

Los griegos y los turcos suponen que todos los franceses poseen conocimientos en medicina y secretos particulares; así es que la sencillez con que se dirigen á un extranjero en sus enfermedades, ofrece cierto carácter de ternura y recuerda las antiguas costumbres; esta creencia es una noble confianza del hombre en el hombre. Los salvajes de América tienen el mismo uso. Creo que la religión y la humanidad prescriben en este caso al viajero que se brinda á lo que de él se espera: un aspecto de seguridad y algunas palabras de consuelo pueden algunas veces restituir la vida á un moribundo, y devolver la alegría á una familia afligida.

Un griego vino á buscarme para que viera á su hija; hallé á una pobre niña acostada en el suelo sobre una estera, y envuelta en unos miserables harapos. La desvalida sacó un brazo con gran repugnancia y pudor de aquellos pobres girones y lo dejó caer desfallecida. Me pareció acometida de una calentura pútrida; así, pues, mandé le quitasen de la cabeza las medallitas de plata

con que las labradoras albanesas adornan su cabellera, pues el peso de las trenzas y del metal reconcentraba el calor en el cerebro. Yo llevaba alcanfor como preservativo de la peste, y lo apliqué á la enferma, á quien se había alimentado con uvas; régimen que mereció mi aprobación. Por último oíramos á Christos y á la Hanagia (la Virgen), y ofrecí una pronta curación. Muy lejos estaba de esperarla, pues he visto morir á tantas personas, que tengo en este particular demasiada experiencia.

Al salir, hallé á todo el vecindario reunido á la puerta; las mujeres se precipitaron sobre mí gritando: *crasi! ¡crasi! ¡vino! ¡vino!* Querían demostrarme su gratitud obligándome á beber; esto hacia bastante ridículo mi papel de médico. ¿Pero qué importa, si he añadido en Megara una persona mas al número de las que pueden desearme alguna felicidad en los diferentes países que he recorrido? Es un envidiable privilegio del viajero el dejar en pos de sí muchos recuerdos, y vivir en el corazón de los extranjeros algunas veces mas tiempo que en el de sus amigos.

Regresé al kan con ánimo triste; y toda la noche tuve presente la imagen de la moribunda albanesa; esto me hizo recordar que Virgilio, al recorrer la Grecia, como yo, se vió detenido en Megara por la enfermedad á que sucumbió; yo me sentía acometido á mi vez de calentura. Megara había visto pasar también no há muchos años otros franceses mucho mas desgraciados que yo (1). Descaba con ahínco salir de un lugar que me parecía marcado con el sello de la fatalidad.

Sin embargo, no abandonamos nuestro albergue hasta el día siguiente, 2 de agosto, á las once de la mañana. El albanés que nos había recibido quiso regalarme antes de mi partida con una de esas gallinas sin cresta y sin cola, que Chandler creía peculiares de Megara, y que han sido llevadas allí de la Virginia, ó tal vez de un pequeño canton de Alemania. Mi huésped tenía en gran estima estas gallinas, de las cuales sabia mil cuentos. Hícele decir que yo había viajado en el país de aquellas aves, país muy distante, situado al otro lado del mar, donde había muchos griegos establecidos en medio de los bosques, entre los salvajes. En efecto, algunos griegos cansados de sufrir el yugo que les abrumba, han pasado á la Florida, donde los frutos de la libertad les han hecho perder el recuerdo de su país natal. «Los que habían saboreado este dulce fruto, no podían ya renunciar á él, sino que deseaban vivir entre los Lotófagos, y olvidaban su patria.» (2)

Nada de esto entendía el albanés, y por única respuesta me invitaba á comer su gallina y algunos *frutti di mare*. Yo hubiera preferido el pez llamado *glauco*, que se pescaba en otro tiempo en la costa de Megara. Anaxandrides, citado por Ateneo, declara que solo Nereo pudo ser el primero que imaginó comer la cabeza de este exquisito pez; Antifanes quiere que sea hervido; y Amilis lo sirve entero á aquellos siete caudillos que sentados sobre un escudo negro,

Espantaban á los cielos con formidables juramentos.

El retraso causado por el buen corazón de mi huésped, y aun mas por mi cansancio, nos impidió llegar á Atenas aquel mismo día. Habiendo salido de Megara á las once de la mañana, como dejo dicho, atravesamos primero la llanura; y luego subimos el monte Kerato-Pyrgo, el Kerato de la antigüedad; en su cima descuellan dos rocas aisladas, y sobre una de ellas se descubren las ruinas de una torre que da su nombre á la montaña. La palestra de Cercion y el sepulcro de Alopé deben ser colocados en la falda de Kerato-Pyrgo, hácia la parte de Eleusis; ningún vestigio queda de ellos. No tardamos en hallar el Pozo-Florido, en

(1) La guarnición de Zante.

(2) Odisea.

fondo de un valle cultivado. Yo me sentía casi tan cansado como Ceres, cuando se sentó cerca de aquella fuente, después de haber buscado por toda la tierra á Proserpina. Detuvimos algunos instantes en el valle, y luego proseguimos nuestro camino. Al acercarnos á Eleusis, no vi las anémonas de diferentes colores que Wheler descubrió en los campos; es verdad que la estación oportuna había pasado.

A las cinco de la tarde llegamos á una llanura rodeada de montañas al Norte, al Occidente y al Oriente. Un brazo de mar largo y estrecho, baña esta llanura hácia el Mediodía, y forma, por decirlo así, la cuerda del arco de las montañas. El lado opuesto de este brazo de mar está ceñido por las orillas de una isla elevada, cuya estremidad oriental se acerca á uno de los promontorios del continente: entre estas dos puntas se ve un estrecho. Resolví detenerme en una aldea construida sobre una colina, que terminaba hácia el Oriente cerca del mar, el círculo de las mencionadas montañas.

En la llanura se descubrieron las ruinas de un acueducto y muchos escombros esparcidos entre los haces de una reciente cosecha; nos apeamos al pié del montecillo, y subimos á la cabaña mas cercana, donde nos fue concedida grata hospitalidad.

Mientras me hallaba á la puerta, vi llegar á un griego que me saludó en italiano, y me refirió, sin mas preámbulo su historia: reduciáse esta á que era natural de Atenas, y su oficio hacer alquitran con los pinos de los montes Geranios; era amigo de Mr. Fauvel, á quien yo me proponía visitar; respondíle que llevaba cartas para Mr. Fauvel. Yo conocía bien aquellos lugares; pero un ateniense amigo de Mr. Fauvel debía ser un excelente cicerone. Roguéle, pues, me explicase un poco lo que veía y me diese noticias relativas al país. El ateniense puso la mano sobre su corazón, á la usanza turca, y se inclinó humildemente: «Muchas veces, me dijo, he oído explicar todo esto á Mr. Fauvel; pero yo soy un ignorante y no sé si es cierto.» Ved primero hácia el Oriente, por encima del promontorio, la cima de una montaña amarilla: es el Telo-Vouni (el pequeño Himeto); la isla situada al otro lado de este brazo de mar, es Couluri; Mr. Fauvel la llama *Salamina*, y dice que en ese canal que tenemos en frente, se dió un gran combate entre la flota de los griegos y otra de los persas. Los griegos ocupaban este canal, y los persas el lado opuesto, hácia el puerto Leon (el Pireo); el rey de esos persas (cuyo nombre no recuerdo ya), estaba sentado en un trono, en la punta de ese cabo. Por lo que respecta á esta aldea, Mr. Fauvel la llama «*Eleusis* y nosotros *Lepsina*. Mr. Fauvel dice, que había en ella un templo (el de Ceres), al pié de esta roca; si queréis dar algunos pasos, veréis el lugar donde se hallaba también el ídolo mutilado de este templo (la estatua de Ceres-Eleusina); los ingleses se lo han llevado.»

El griego se alejó de mí para ir á hacer su alquitran, dejándome con la vista fija en una playa desierta, y sobre un mar donde no se veía otro bajel que una miserable barca pescadora, atracada á las argollas de un muelle ruinoso.

Todos los viajeros modernos han visitado á Eleusis, y todas sus inscripciones han sido trasladadas. Solo el abate Fourmont copió veinte. Tenemos una doctísima disertación acerca de Eleusis, de Mr. de Sainte-Croix, y un plano de su templo por Mr. Faucherot. Warturbon, Sainte-Croix y el abate Barthelemy han dicho todo lo que en los misterios de Ceres puede excitar la curiosidad, y el último de estos autores nos ha descrito sus pompas exteriores. Por lo que toca á la estatua mutilada, arrebatada por dos viajeros, Chandler la toma por la estatua de Proserpina, y Espon por la de Ceres. Este busto colosal tiene, según Pococke, cinco piés y medio de un hombre á otro; y el cesto que lo

corona tiene mas de dos de altura. Espon supone que esta estatua puede ser la de Praxiteles; pero ignoro en qué se funda esta opinión. Pausanias, cediendo al respeto de estos misterios, no describe la estatua de Ceres; y Estrabon guarda el mismo silencio. Es cierto que se lee en Plinio que Praxiteles era autor de una Ceres de mármol y de dos Proserpinas de bronce; pero habiendo sido la primera, de que también habla Pausanias, trasladada á Roma, no puede ser la que algunos años há se veía en Eleusis; las dos Proserpinas no pertenecen á esta cuestión. A juzgar por el fragmento que nos queda de esta estatua, pudiera no representar sino una Canéfora (1). Creo que Mr. Fauvel me ha dicho que esta estatua, no obstante su fama, era de una ejecución bastante incorrecta.

Nada, pues, debo referir de Eleusis después de tantos viajeros, sino que me paseé entre sus ruinas; que bajé al puerto y que me detuve á contemplar el estrecho de Salamina. Las fiestas y la gloria habían pasado; el silencio era igual en la tierra y el mar; ni aclamaciones, ni cantos, ni grandezas en la orilla; ni gritos bélicos, ni choque de galeras, ni tumultuoso estrépito en las olas. Mi imaginación no podía bastar, ora á representarse la procesion religiosa de Eleusis, ora á cubrir las playas con el innumerable ejército de los persas, que miraban el tremendo combate de Salamina. En mi concepto, Eleusis es el lugar mas respetable de la Grecia, pues en él se enseñaba la unidad de Dios, y fue testigo del esfuerzo mas colosal que los hombres han hecho en tiempo alguno en defensa de la libertad.

¿Quién lo creería! Salamina está hoy casi enteramente borrada de la memoria de los griegos. El lector ha visto lo que de ella me decía mi ateniense. Mr. Fauvel dice en sus *Memorias*: «La isla de Salamina no ha conservado su nombre, que ha sido olvidado al par del de Temístocles.» Espon refiere que recibió hospedaje en Salamina en casa del papas Ioannis, «hombre, añade, menos ignorante que todos sus huéspedes, pues sabia que la isla se había llamado en otro tiempo *Salamina*, y nos dijo que así lo había oído á su padre.» Esta indiferencia de los griegos, relativamente á su patria, es tan sensible como vergonzosa; no solo ignoran su historia, sino que casi todos (2) desconocen la lengua que forma su gloria; un inglés, impulsado de un santo celo, intentó establecer en Atenas una catedral de griego antiguo.

Solo la noche pudo obligarme á abandonar la playa. Las olas, concitadas por la brisa vespertina, azotaban la orilla y venían á estrellarse á mis piés, mientras vagaba lentamente á lo largo del mar que bañaba la tumba de Temístocles; es casi seguro que yo era el único hombre que en aquel momento se acordaba en toda la Grecia de este gran hombre.

José había comprado un carnero para nuestra cena, pues sabia que al día siguiente llegaríamos á la casa de un cónsul de Francia. Nada le importaban Esparta que había visto, y Atenas que iba á ver; pero en la alegría que le causaba la idea de que iba á tocar el término de sus fatigas, regalaba la casa de nuestro huésped. La mujer, los hijos y el marido estaban en movimiento; solo el genizaro permanecía inmóvil en medio de la agitación general, fumando en su pipa y aplaudiendo con el turbante todas aquellas tareas de que se prometía aprovecharse cumplidamente. Desde la destrucción de los misterios por Alarico, no se había celebrado en Eleusis una fiesta como aquella. Pusímonos á la mesa, es decir, nos sentamos en el suelo, en derredor del aderezado carnero, habiendo hecho nuestra huésped cocer un pan, que no era muy bueno, pero si tierno, como recién sacado del

(1) Guillet la toma por una cariátide.

(2) Esto no carece de gloriosas excepciones; todos han oído hablar de MM. Corai, Kodrika, etc., etc.



horno. Con gran placer hubiera prorumpido en la antigua exclamación de: *Viva Ceres!* Aquel pan, que procedía de la nueva cosecha, demostraba la falsedad de una profecía referida por Chandler. En tiempo de este viajero se decía en Eleusis que si alguna vez era robada la mutilada estatua de la diosa, la llanura dejaría de ser fértil. Ceres ha sido llevada á Inglaterra, y los campos de Eleusis no han dejado de ser fecundados por esa divinidad de real y positiva existencia, que llama á todos los hombres á la participacion de sus altos misterios, y que no teme ser destronada.

Aquella regalada comida y la paz de que gozábamos, me eran tanto mas agradables cuanto que las debíamos, por decirlo así, á la Francia. Há treinta ó cuarenta años que todas las costas de la Grecia, y especialmente los puertos de Corinto, Megara y Eleusis estaban infestadas de piratas; pero el buen régimen establecido en nuestras estaciones de Levante destruyeron poco á poco esta piratería; nuestras fragatas vigilaban incansantes, y los súbditos otomanos respiraban á la sombra del pabellon francés. Las últimas revoluciones de Europa han acarreado por algunos momentos otras combinaciones de potencias; pero los corsarios no han vuelto á dejarse ver. Brindamos, pues, á la celebridad de las armas que protegían nuestro banquete en Eleusis, como los atenienses debieron dar gracias á Alcibiades cuando condujo incólume la procesion de Iaco al templo de Ceres.

Amaneció al fin el fausto día de nuestra entrada en Atenas. El 23 á las tres de la mañana todos estábamos á caballo, y á pocos momentos empezamos á desfilar en silencio por la Vía Sagrada, pudiendo asegurar que el iniciado mas devoto de Ceres no esperimentó en tiempo alguno un entusiasmo tan vivo como el mio. Habíamos vestido, para solemnizar la entrada, nuestros mejores trajes; el genizaro había vuelto del revés su turbante, y por extraordinario los caballos habían sido esmeradamente enjaezados. Atravesamos el cauce de un torrente llamado *Saranta-Potamo* ó los *Cuarenta Ríos*, probablemente el Cefiso Eleusiniense; vimos algunas ruinas de iglesias cristianas que ocupan sin duda el lugar del sepulcro de aquel Zarex, á quien Apolo instruyera en el arte de los cantos. Otras ruinas nos anunciaron los monumentos de Eumolpo y de Hipotoon; hallamos el rithi ó las corrientes de agua salada, donde durante las fiestas de Eleusis el pueblo insultaba á los transeúntes en memoria de las injurias que una vieja había dirigido en otro tiempo á Ceres. Pasando desde allí al fondo ó á la punta extrema del canal de Salamina, entramos en el desfiladero que forman los montes Parnés y Egaleo; esta parte de la Vía Sagrada se llamaba el *Místico*. Luego descubrimos el monasterio de Dafne, construido sobre los restos del templo de Apolo, cuya iglesia es una de las mas antiguas del Ática; un poco mas lejos vimos las ruinas del templo de Venus. Al fin el desfiladero empieza á ensancharse, y dando la vuelta al monte Pecilo, situado en medio del camino, como para cubrir el cuadro, la llanura de Atenas se descubrió súbitamente á nuestros ojos.

Los viajeros que visitan la ciudad de Cecrops llegan por lo regular por el Pireo ó por el camino de Negroponto, perdiendo así una parte de tan hermosa vista, porque solo se descubre la ciudadela cuando se llega por mar; y el Anquesmo intercepta la perspectiva cuando se baja de la Eubea. Mi feliz estrella me había llevado por el camino verdadero para ver á Atenas en toda su gloria.

El primer objeto que hirió mi vista fue la ciudadela iluminada por el sol naciente; descollaba exactamente en frente de mí, al otro lado de la llanura, y parecía apoyarse en el monte Himeto, que formaba el fondo de tan soberbio cuadro. Presentaba en un confuso grupo los capiteles de los Propileos, las columnas del Parténon y del templo de Erecto, las troneras de una muralla erizada de cañones, las ruinas góticas de los

cristianos, y los mezquinos tugurios de los musulmanes.

Dos colinas de escasa altura, el Anquesmo y el Museo, descollaban al Norte y al Mediodía del Acrópolis. Entre dichas colinas y al pié de este, Atenas se ostentaba á mis ojos: sus techos aplanados y entrecortados por muchos minaretes, cipreses, ruinas, columnas aisladas, y las cúpulas de sus mezquitas coronadas con grandes nidos de cigüeñas, formaban un efecto muy agradable, á los rayos del sol. Pero si se reconocía aun á Atenas y sus despojos, echábase tambien de ver en el conjunto de su arquitectura y en el carácter general de sus monumentos, que la ciudad de Minerva no estaba ya habitada por su pueblo.

Un recinto de montañas que termina en el mar, forma la llanura de Atenas. Desde el punto en que yo veía esta llanura en el Pecilo, parecía dividida en tres zonas ó regiones, que siguen una direccion paralela de Norte á Mediodía. La primera de estas regiones y la mas inmediata á mí, estaba inculta y cubierta de malezas; la segunda presentaba un terreno labrado, donde se acababa de hacer la siega; la tercera ofrecía un largo bosque de olivos, que se dilataba un poco circularmente desde los manantiales del Iliso, pasando al pié del Anquesmo, hasta la proximidad del puerto de Falerio. El Cefiso corre por este bosque, que por su vejez parece descendiente del olivo que Minerva hizo salir de la tierra. El Iliso tiene su seco cauce al otro lado de Atenas, entre esta y el monte Himeto. La llanura no es enteramente plana, pues una pequeña cadena de colinas, ramificaciones del Himeto, destruye su nivel, y forma las diferentes alturas sobre que Atenas colocó paulatinamente sus magníficos monumentos.

Nunca, en los primeros momentos de una emocion muy enérgica, gozamos por entero de nuestros sentimientos. Yo me acercaba á Atenas con una especie de placer que me robaba el poder de la reflexion; sin embargo, no esperimentaba ninguna sensacion parecida á las que me habían agitado á la vista de Lacedemonia. Esparta y Atenas han conservado hasta en sus ruinas el sello de sus diferentes caracteres: las de la primera son tristes, graves y solitarias; las de la segunda, risueñas, alegres, habitadas. Al aspecto de la patria de Licurgo, todas las ideas que asaltan el ánimo son serias, varoniles y profundas; el alma fortificada parece elevarse y engrandecerse; mientras á la vista de la patria de Solon el espíritu se siente como encantado por los prestigios del genio, al adquirir la idea de la perfeccion del hombre, considerado como un ser inteligente é inmortal. Los elevados sentimientos de la naturaleza humana presentaban en Atenas cierta elegancia que no tenían en Esparta. El amor á la patria y á la libertad no era entre los atenienses un instinto ciego, sino un sentimiento dirigido por la razon y fundado en ese amor á lo bello en todos los géneros que el cielo les había dispensado tan pródigamente; por último, pasando de las ruinas de Lacedemonia á las de Atenas, sentí que hubiera querido morir con Leonidas y vivir con Pericles.

Nos encaminamos á esta pequeña ciudad, cuyo territorio se extendía á quince ó veinte leguas; cuya poblacion no igualaba á la de un arrabal de Paris, y que compite en el universo con la fama del imperio romano. Fijos los ojos en sus ruinas, le apliqué estos versos de Lucrecio:

Prima frugiferos fetus mortalibus agris  
Dididerunt quondam præclaro nomine Athenæ,  
Et recreaverunt vitam, legesque rogarunt;  
Et prima dederunt solatia dulcia vita.

Nada conozco que redunde mas en gloria de los griegos, que estas palabras de Ciceron: «Acuérdate, Quinto, que mandas á los griegos que han civilizado á todos los pueblos, enseñándoles la dulzura y la hu-

manidad, y á quienes Roma debe las luces que posee.» Cuando se reflexiona lo que Roma era en tiempo de Pompeyo y César, y en lo que era el mismo Ciceron, estas breves palabras encierran un magnífico elogio (1).

De las tres zonas ó regiones que dividian á nuestra vista la llanura de Atenas, atravesamos rápidamente las dos primeras, la inculta y la cultivada. Ya no se ve en esta parte del camino el monumento del Rodio y el sepulcro de la Cortesana; pero se descubren las ruinas de algunas iglesias. Entramos en el bosque de olivos; antes de llegar al Cefiso se hallaban dos sepulcros y un altar de Júpiter-el-Indulgente, y no tardamos en descubrir el álveo del rio entre los troncos de los olivos, que lo rodeaban á manera de añosos sauces; apeeme para saludar el rio y beber de sus aguas, y hallé exactamente la cantidad que necesitaba en un hoyo; las aguas restantes habían sido desviadas para procurar el riego de los olivares. Siempre me ha causado un vivo placer el beber el agua de los rios célebres que he pasado en mi vida: así, he bebido la del Mississipi, del Támesis, del Rin, del Po, del Tiber, del Eurotas, del Cefiso, del Hermo, del Gránico, del Jordan, del Nilo, del Tajo y del Ebro. ¡Cuántos hombres pueden decir como los israelitas, en la orilla de estos rios: *sedimus et flevimus!*

A corta distancia, á mi izquierda, descubrí los restos del puente que Jenocles de Lindo había hecho construir sobre el Cefiso. Volví á montar, y no intenté ver la higuera sagrada, el altar del Céfiro y la columna de Anteniócrito, porque el camino moderno no sigue ya en este lugar la antigua Vía Sagrada. Al salir del olivar hallamos un jardín rodeado de tapias y que ocupa casi el lugar del Cerámico exterior, y empleamos media hora para llegar á Atenas á través de un campo de trigo. Una muralla moderna, recientemente separada y parecida á la tapia de un jardín, cierra la ciudad. Atravesamos la puerta, y entramos en unas reducidas calles campestres, frescas y bastante limpias; cada casa tiene su jardín plantado de naranjos é higueras. El pueblo me pareció alegre y curioso, y no tenía el abatido semblante de los moraitas. Llegamos al fin á la casa del cónsul de Francia.

No podía dirigirme á persona mas competente para visitar á Atenas que á Mr. Fauvel; pues como há muchos años que habita la ciudad de Minerva, conoce sus mas pequeños detalles mucho mejor que un parisiense los de Paris. Ha escrito excelentes Memorias, y le debemos los mas interesantes descubrimientos acerca del lugar ocupado por Olimpia, de la llanura de Maraton, del sepulcro de Temistocles en el Pireo, del templo de la Venus en los Jardines, etc. Encargado del consulado de Atenas, que no es para él sino un título de proteccion, ha trabajado y trabaja actualmente como pintor en el *Viaje pintoresco de la Grecia*. El autor de esta hermosa obra, Mr. de Choiseul-Gouffier, había tenido la bondad de darme una carta para Mr. Fauvel, y le llevaba además otra del ministro (2).

No se espere que yo haga aquí una descripción completa de Atenas; si se quiere saber la historia de esta ciudad, léase la introduccion de este *Itinerario*. Si se desea conocer los monumentos de la antigua Atenas, la traduccion de *Pausanias*, á pesar de sus defectos, basta perfectamente á la multitud de lectores, y el *Viaje del jóven Anacarsis* casi nada deja que desear. Respecto de las ruinas de esta famosa ciudad, las cartas de la coleccion de Martin Crusio, el padre Babin, el mismo La Guilletiere, no obstante sus mentiras, Pocoque, Espon, Wheler, Chandler y sobre todo Mr. Fauvel las han dado á conocer tan minucio-

(1) Plinio el Joven escribe casi lo mismo á Máximo, pro-cónsul de Acaya.

(2) Mr. de Talleyrand,

samente, que yo no podria hacer mas que copiarlos. ¿Se desean los planos, los mapas, las vistas de Atenas y de sus monumentos? Hallárselos en todas partes; basta recordar los trabajos del marqués de Nointel, de Leroi, de Stuart y de Pars; Mr. de Choiseul, al completar una obra interrumpida por tantos contratiempos, acabará de poner á nuestra vista toda Atenas. La parte de las costumbres y del gobierno de los modernos atenienses se halla igualmente bien tratada en los autores que acabo de citar; y como los usos no cambian en Oriente con tanta facilidad como en Francia, todo lo que Chandler y Guys (3) han escrito acerca de los griegos modernos presenta aun hoy la mas rigurosa verdad.

Sin ostentar erudicion á espensas de mis predecesores, daré cuenta de mis escursiones y sentimientos en Atenas, dia por dia y hora por hora, segun el plan que he seguido hasta aquí. Repito que este *Itinerario* no tanto debe ser mirado como un viaje, cuanto como las memorias de un año de mi vida.

Entré en el patio de M. Fauvel, á quien tuve la buena suerte de hallar en su casa, y le entregué al punto las cartas de M. de Choiseul y de M. de Talleyrand. M. Fauvel conocia mi nombre; y aunque no podia decirle: *Son pittor anch'io*, era á lo menos un aficionado lleno de celo, sino de talento; me animaba tan sincera voluntad de estudiar las antigüedades, y había ido desde tan lejos á borrajear malos diseños, que el maestro vió en mí un alumno dócil.

Entablóse entonces entre nosotros una animada conversacion relativa á Paris y Atenas; pero en breve quedó olvidado aquel, para ocuparnos esclusivamente de esta. M. Fauvel, escitado en su amor á las artes por un discípulo, tenia tanta prisa en enseñarme á Atenas, cuanto era la mia por verla; aconsejome, no obstante, que dejásemos pasar el excesivo calor del día.

Nada anunciaba al cónsul en su habitacion; pero todo revelaba al artista y al anticuario. ¡Cuál fue mi júbilo al verme alojado en Atenas en un aposento lleno de modelos en yeso del Parténon! Pendian de las paredes algunas vistas del templo de Teseo, varios planos de los Propileos, y algunos mapas del Ática y de la llanura de Maraton. Veíanse muchos mármoles sobre una mesa, y muchas medallas sobre otra, con pequeñas cabezas y vasos de barro. Limpióse á poco, con gran sentimiento por mi parte, un noble polvo; estendióse luego un catre en medio de todas aquellas maravillas; y á semejanza del recluta que se incorpora al ejército en la vispera de una accion, pernocté en el campo de batalla.

La casa de M. Fauvel, tiene, como la mayor parte de las de Atenas, un patio á su frente y un jardín á su espalda. Yo me asomaba á todas las ventanas para descubrir á lo menos algun objeto en las calles; pero mi deseo era inútil. Descubriase, no obstante, entre los tejados de las casas inmediatas un ángulo de la ciudadela; yo permanecía clavado á la ventana que miraba hácia aquel lado con la impaciencia de un colegial, cuya hora de asueto no ha sonado aun. El genizaro de monsieur Fauvel se había apoderado del mio y de José, de manera que no tenía que cuidar de ellos.

A las dos nos fue servida la comida, que consistió en asados de carnero y de pollos, medio á la francesa, medio á la turca. El vino, tinto y fuerte como los del Ródano, era de buena calidad; pero me pareció tan amargo, que me fue imposible beberlo. En casi todas las comarcas de la Grecia se echan en las pipas piñas, que dan al vino ese sabor amargo y aromático, con que cuesta algun trabajo familiarizarse. Si esta costumbre se remonta á la antigüedad, como presumo, esplicaria el por qué la piña estaba consagrada á Baco. Se nos

(3) Es preciso leer á este con desconfianza, y precaverse contra su sistema.



sirvió miel del Himeto; pero su sabor de droga me disgustó; la de Chamouny me parece muy preferible. Mas adelante comí en Kircagach, cerca de Pérgamo en la Anatolia, una miel aun mas agradable, blanca como el algodón de que las abejas la recogen, y que tiene la firmeza y la consistencia de la pasta de malvasisco. M. Fauvel se reía al ver los visajes que me obligaban á hacer el vino y la miel del Atica, pues los había adivinado. Como era preciso que me indemnizase con algun objeto curioso, me hizo observar el traje de la mujer que nos servía; traje enteramente igual al que usaban las antiguas griegas, sobre todo en los pliegues horizontales y ondulosos que se formaban sobre el pecho, y se unían á los pliegues perpendiculares que señalaban el borde de la túnica. El tejido grosero de que aquella mujer estaba vestida, contribuía mas á la semejanza; porque, á juzgar por la estatuaria, las telas entre los antiguos eran mas tupidas que las nuestras. Imposible sería formar los movimientos anchos de los ropajes antiguos con las muselinas y los géneros de seda de las mujeres modernas; la gasa de Ceos y los demás velos que los autores satíricos llamaban *nubes*, nunca eran imitadas por el cínico.

Durante nuestra comida, recibimos los cumplimientos de lo que en el Levante se llama *la nación*; esta se compone de los negociantes franceses ó dependientes de la Francia que habitan en las diferentes escalas. En Atenas no hay sino una ó dos casas de esta clase, que se ocupan en el comercio de los aceites. M. Roque me dispensó el honor de visitarme; tenía familia, y me invitó á que fuese á verla en compañía de M. Fauvel; luego se puso á hablar de la sociedad de Atenas: «Un extranjero establecido desde algun tiempo en esta ciudad, ha sentido ó inspirado una pasión que hace hablar al pueblo... Había misteriosas inteligencias hacia la casa de Sócrates y pláticas amorosas en los jardines de Focion... El arzobispo de Atenas no había regresado aun de Constantinopla. Ignorábase si se alcanzaria justicia del pachá de Negroponto, que amenazaba levantar un impuesto en Atenas. Para ponerse á cubierto de un golpe de mano, habíase reedificado la tapia del circuito; no obstante, podía esperarse todo del jefe de los eunucos negros, propietario de Atenas, que gozaba sin duda alguna cerca de su Alteza, mas favor que el pachá.» (¡Oh Solon! ¡Oh Temistocles! El jefe de los eunucos negros, propietario de Atenas, y todas las demás ciudades de la Grecia, enviando este señalado honor á los atenienses!) «... Por lo demás, Mr. Fauvel había procedido con acierto al despedir al fraile italiano que vivía en la linterna de Diógenes (uno de los mas hermosos monumentos de Atenas), y al llamar en su lugar á un capuchino francés, hombre de buenas costumbres, afable, instruido, y que recibía con cordialidad á los extranjeros que acostumbraban bajar al convento francés...» Hé aquí los negocios y los objetos de las conversaciones en Atenas; en esto se ve claramente que el mundo es igual en todas partes, y que un viajero entusiasta debe sentirse un tanto humillado, cuando encuentra, al llegar á la calle de los Trípodas, la misma chismografía de su pueblo.

Dos viajeros ingleses acababan de salir de Atenas cuando yo llegué; quedaba aun en ella un pintor ruso, que vivía muy retirado. Atenas es muy visitada por los aficionados á la antigüedad, porque está en el camino de Constantinopla, á donde se llega fácilmente por mar.

A las cuatro de la tarde había pasado el fuerte calor del día; entonces M. Fauvel hizo llamar á nuestros genizaros, y salimos precedidos de ellos; mi corazón palpaba de alegría, y experimentaba cierta vergüenza al verme tan joven. Mi guía me hizo reparar casi á su puerta los restos de un templo antiguo. Desde allí nos dirigimos á la derecha, y caminamos por unas calles angostas muy pobladas. Pasamos luego al bazar,

fresco y bien surtido de carne, caza, hortalizas y frutas. Todos saludaban á M. Fauvel, y querían saber quien era yo, pero nadie podía pronunciar mi apellido. Lo mismo ocurría en la antigua Atenas: *Athenienses autem omnes, dice San Lucas, ad nihil aliud vacabant nisi aut audire aliquid novi*; los turcos por su parte, decían: *¡Fransouse! ¡Effendi!* y fumaban en sus pipas: esto era lo mejor que podían hacer. Los griegos, al vernos pasar, levantaban sus brazos y gritaban en su idioma: «¡Bien venidos seáis, señores! ¡Buen viaje á las ruinas de Atenas!» Y mostraban un aspecto tan orgulloso como si nos hubiesen dicho: «Vais á la casa de Fidias ó de Ictino. Yo no tenía bastantes ojos para mirar, y creía ver antigüedades en todas partes. M. Fauvel me hacia reparar aquí y acullá trozos de escultura que servían de guardacantones, de paredes ó de pavimentos, y me decía cuántos piés, pulgadas ó líneas tenían aquellos trozos; á qué género de edificios pertenecían; lo que debe creerse acerca de ellos, según Pausanias; cuales habían sido en este particular las opiniones del abate Barthelemy, Espon Wheler y Chandler, y en qué puntos le parecían fundadas ó infundadas estas opiniones. Nos deteníamos á cada paso; y los genizaros y los muchachos del pueblo que iban delante de nosotros, se paraban donde quiera veían un molde, una cornisa ó un capitel, procurando leer en los ojos de M. Fauvel si eran de algun mérito; y cuando el cónsul movía la cabeza, ellos movían la suya, ó iban á colocarse cuatro pasos mas allá delante de otra ruina. Así fuimos conducidos hasta fuera del centro de la ciudad moderna, y llegamos á la parte occidental, que M. Fauvel quería hacerme visitar primero, para que procediésemos metódicamente en nuestras investigaciones.

Saliendo del centro de la moderna Atenas, y siguiendo la dirección del Poniente, las casas empiezan á alejarse unas de otras; se ven luego grandes espacios vacíos, unos encerrados dentro del muro, otros fuera de él; en estos espacios abandonados se halla el templo de Teseo, el Pnyx y el Areópago. No describiré el primero, pues todos los viajeros lo han descrito y se parece bastante al Parténon, y lo comprenderé en las reflexiones generales que en breve me tomaré la libertad de hacer á propósito de la arquitectura griega. Por lo demás, este templo es el monumento mejor conservado de Atenas; y despues de haber servido de iglesia, bajo la invocación de San Jorge, sirve actualmente de almacén.

El Areópago estaba situado en una eminencia, al Occidente de la ciudadela. Concíbese con dificultad cómo se ha logrado construir sobre el peñasco donde se ven sus ruinas, un edificio de alguna extensión. Un vallecillo llamado en la antigua Atenas *Celé* (el hueco) separa la colina del Areópago del Pnyx y de la colina de la ciudadela. En el Célé se mostraban los sepulcros de los dos Cimones, de Tucídides y de Herodoto. El Pnyx, donde los atenienses celebraban al principio sus asambleas públicas, es una esplanada practicada en un peñasco escarpado, al lado opuesto del Licabeto. Un muro, compuesto de piedras enormes sostiene esta esplanada hacia el Norte; al Mediodía se levanta una tribuna practicada en el peñasco, á la que se sube por cuatro escalones, igualmente cortados en la piedra. Hago esta advertencia porque los viajeros antiguos no han dado á conocer bien la forma del Pnyx. Lord Elgin hizo há pocos años desembarazar de escombros esta colina, y á él se debe el haber sido descubiertos los escalones. Como no se está allí enteramente en la cima del peñasco, no se descubre el mar sino subiendo sobre la tribuna; de este modo se impedía al pueblo la vista del Pireo, para que los oradores facciosos no le arrojasen á empresas temerarias, al aspecto de su poder y de sus naves (1).

(1) La historia varia acerca de este hecho. Otra version

Los atenienses estaban colocados en la esplanada, entre el muro circular que he indicado, al Norte, y la tribuna al Mediodía.

En aquella tribuna, pues, hicieron oír su voz Pericles, Alcibiades y Demóstenes; en ella hablaron Sócrates y Focion al pueblo mas ligero y espiritual de la tierra. ¡Allí se cometieron tantas injusticias, allí se pronunciaron tantos decretos inicuos ó crueles! ¡Aquel fue tal vez el lugar que vió desterrar á Aristides, triunfar á Melito, condenar á muerte á una ciudad entera, y entregar todo un pueblo á la esclavitud! Empero, allí tambien hicieron resonar muchos eminentes ciudadanos su generosa voz contra los tiranos de su patria, triunfando la justicia y haciéndose oír la verdad. «Hay un pueblo, decían los diputados de Corinto á los espartanos, que no se ocupa sino de novedades, rápido en concebir, pronto en ejecutar, pero cuya audacia es superior á su fuerza. En los peligros á que irreflexivamente se arroja, nunca pierde la esperanza; naturalmente inquieto, procura engrandecerse en lo exterior; vencedor, avanza y continua su victoria; vencido, no se desalienta. Para los atenienses, la vida no es una propiedad que les pertenece; ¡ tanta es la facilidad con que la sacrifican á su país! Creen que se les ha defraudado una herencia legítima, siempre que no logran el objeto de sus deseos; así, pues, reemplazan un proyecto desconcertado con una nueva esperanza. No bien conciben un designio, lo realizan. Incesantemente ocupados del porvenir, el presente les huye: pueblo que no conoce el reposo y que no puede sufrirlo en los demás (1).»

¿Qué es de este pueblo? ¿Dónde hallarlo? Yo que traducía este pasaje, en medio de las ruinas de Atenas, veía los minaretes de los musulmanes y oía hablar á los cristianos. Dirijame á Jerusalém á buscar la respuesta á estas preguntas, y conocía ya de antemano las palabras del Oráculo: *Dominus mortificat et vivificat: deducit ad inferos et reducit.*

El día no había terminado aun; en vista de esto, pasamos del Pnyx á la colina del Museo. Sabido es que esta colina está coronada por el monumento de Filopappo, monumento de mal gusto; pero el difunto, que no el monumento, merece la atención del viajero. Ese oscuro Filopappo, cuyo sepulcro se divisa á tan larga distancia, vivía en tiempo de Trajano. Pausanias no se digna nombrarlo, y le llama un *sirio*. En el rótulo de su estatua se ve que era natural de Besa, pequeño pueblo del Atica. Pues bien: ese Filopappo se llamaba *Antiocho Filopappo*, y era el legítimo heredero de la corona de Siria. Pompeyo había trasladado á Atenas los descendientes del rey Antiocho, y habíanse convertido en meros ciudadanos. Ignoro si los atenienses, colmados de beneficios por Antiocho, se compadecieron del infortunio de su destronada familia; pero parece que Filopappo fue á lo menos nombrado cónsul. La fortuna, al hacerle ciudadano de Atenas y cónsul de Roma, en una época en que estos dos títulos nada significaban ya, parecía querer mofarse aun de este monarca desheredado, consolándole de un sueño con otro, y demostrar en una sola cabeza que así se burla de la magestad de los pueblos, como de la de los reyes.

El sepulcro de Filopappo nos sirvió como de observatorio para meditar sobre otras vanidades. M. Fauvel me indicó los diferentes lugares por donde pasaban las murallas de la antigua ciudad, y me hizo ver las ruinas del teatro de Baco al pié de la ciudadela, el cauce seco del Iliso, la mar sin bajeles, y los abandonados puertos de Falerio, Muniquio y Pireo.

Era de noche cuando volvimos á entrar en Atenas; el cónsul hizo prevenir al gobernador de la ciudadela

dice que los tiranos fueron los que obligaron á los oradores á volver la espalda al Pireo.

(1) Tucíd. lib. 1.

que al otro día subiríamos á ella antes de salir el sol, y me retiré á mi aposento. Abrumado de cansancio, había ya algun tiempo que yacía entregado á un profundo sueño, cuando me vi despertado súbitamente por el tamboril y la gaita turca, cuyos ásperos sonidos salían de las cúspides de los Propiléos. Al mismo tiempo, un sacerdote turco se puso á cantar en árabe la hora pasada, á los cristianos de la ciudad de Minerva. Imposible me sería explicar la sensación que experimenté: aquel imán no necesitaba señalarme así el veloz trascurso de los años; pues solo su voz en aquellos lugares anunciaba harto claramente la dilatada serie de los siglos devorados por el tiempo.

Esta movilidad de las cosas humanas es tanto mas notable cuanto mayor contraste forma con la eterna inmovilidad de la naturaleza. Cual si esta se propusiese insultar la inestabilidad de las sociedades humanas, hace que los animales no sufran trastornos en sus imperios, ni mudanza en sus costumbres. He visto en la colina del Museo á las cigüeñas formarse en batallones, y emprender su vuelo al Africa (2). Despues de dos mil años, hacen hoy el mismo viaje, pues han permanecido tan libres y felices en la ciudad de Solon como en la del jefe de los eunucos negros. De lo alto de sus nidos, inaccesibles á las revoluciones, han visto á sus piés mudarse la raza humana; y mientras unas generaciones impías han surgido de los sepulcros de otras generaciones religiosas, la tierna cigüeña ha alimentado siempre á su anciana madre. Si me detengo en estas reflexiones lo hago porque la cigüeña es amada por los viajeros, pues como ellos «conoce las vestaciones en el cielo (3).» Estas aves fueron muchas veces fieles compañeras de mis escursiones en las soledades de América: las ví muchas veces posadas sobre los wigwam del salvaje; y al volver á hallarlas en otra especie de desierto, en las ruinas del Parténon, no he podido dejar de hablar de mis antiguas compañeras.

Al día siguiente 24, á las cuatro y media de la mañana subimos á la ciudadela; su estrechidad superior está circuida de murallas, medio antiguas y medio modernas; otras murallas rodeaban su base. En el espacio comprendido entre estas murallas, se encuentran primero los restos de los Propiléos y los del templo de la Victoria. (4) Detrás de los Propiléos, á la izquierda y hacia la ciudad se ve luego el Pandroseo y el doble templo de Neptuno-Erecteo y de Minerva-Polias; por último, en el punto mas culminante del Acrópolis se levanta el templo de Minerva; el resto del espacio está obstruido por los escombros de los edificios antiguos y nuevos, y por las tiendas, las armas y las barracas de los turcos.

El peñasco de la ciudadela tiene aproximadamente en su cima ochocientos piés de largo sobre cuatrocientos de ancho; su figura es casi la de un óvalo cuya elipse fuese estrechándose hacia el monte Himeto; parece un pedestal cortado con el intento de hacerle sustentar los magníficos edificios que lo coronaban.

No descenderé á la descripción detallada de cada monumento: remito, pues, al lector á las obras que he citado mas de una vez; y sin repetir aquí lo que todos pueden hallar en otra parte, me ceñiré á algunas consideraciones generales.

Lo que primero escita la curiosidad en los monumentos de Atenas es su hermoso color. En nuestros climas, bajo una atmósfera cargada de humo y lluvias, la piedra de mas puro blanco, tórnase en breve negra ó verdosa. El cielo despejado y el brillante sol de la Grecia son los únicos que pueden esparcir sobre el

(2) Véase, para la descripción de Atenas en general, casi todo el libro xv de los *Mártires*, y las notas.

(3) Jeremias,

(4) Este templo formaba el ala derecha de los Propiléos.